

SALVADOR ESPRIU—del que conviene recordar que se inició a la vida literaria como narrador—está representado por cuatro relatos, todos invariablemente situados en el ambiente de la clase media. En tres de ellos podría decirse que esa referencia social se resuelve de manera elegíaca, al modo de un canto triste al destino de las vidas oscuras y frustradas, víctimas de las mismas contradicciones de su medio social y víctimas, en buena parte, voluntarias por su sometimiento a esas contradicciones y por su contribución a mantenerlas o ampliarlas. En cierto modo, esta serie de criaturas amargas y solitarias recuerda el mundo sombrío de Mercé Rodoreda, aunque en Espriu se palpa más claramente una cierta inmediatez histórica, es decir, que se advierte el contexto catalán actual en que se enmarcan las figuras, mientras que ese ambiente concreto resulta en Rodoreda voluntariamente indeterminado. Hay también en Espriu una frecuente presencia de la muerte, una referencia, aunque tácita, al tiempo de la infancia propia y a su medio, un cierto toque sentimental. En el otro relato, al que no he aludido, titulado *Tópico*, bajo una forma sardónica, se manifiesta una clara crítica social, que afecta a las hipocresías, convencionalismos e injusticias sobre que la vigente estructura social se fundamenta.

III

MANUEL DE PEDROLO es el nombre que abre la reducida representación—sólo dos escritores—de la tercera generación literaria que recoge la antología, generación que podríamos determinar como la primera de la posguerra y a la cual, por ello, le tocó crecer y desarrollarse, literariamente hablando, en unos años particularmente difíciles para las letras catalanas. De los tres relatos de Pedrolo, uno, el primero, se destaca sobremanera sobre los demás: el titulado *Los vivos y los muertos*, que supone un admirable análisis de las innumerables situaciones y matices sentimentales que pueden suscitarse a lo largo de una vida, entre dos personas que conviven o coexisten cercanamente por imposición del lazo familiar (dos hermanas en este caso), pero entre las cuales, por diferencias de edad y de temperamento, se crean condiciones de irresoluble oposición. La dramática circunstancia a la luz de la cual se examinan tales relaciones—la muerte de una de las hermanas—permite a Pedrolo apurar en lo posible la extraordinaria riqueza del asunto, gracias también a la parcial irrealidad de la situación que se finge: alternar los fragmentos de dos monólogos interiores, sin que la parte de irrealidad—el monólogo correspondiente a la muerta—reste un ápice de la áspera verdad que se desprende de todo el

relato. A matizar positivamente esa verdad contribuye la sintaxis entrecortada y libre y la elocución sencilla, propia de la lengua hablada. Los otros dos relatos de Pedroló, como he insinuado, son de inferior entidad, prevaleciendo en ambos (unas veces insistiendo en situaciones irreales, otras en un marco estrictamente objetivo e histórico) la honda valoración de lo humano, que se advierte como una de las finalidades capitales de este notable narrador.

JORDI SARSANEDAS es otro buen ejemplo de voluntad literaria o de estilo, a que me he referido en el caso de Ferrán de Pol; la diferencia, claramente visible, estriba en que Sarsanedas emplea una lengua y una estructura rigurosamente actuales, frente a los modos algo tradicionales del otro autor. Los tres relatos que de Sarsanedas se seleccionan valen igualmente para atestiguar esa actualidad estilística, sin menoscabo de que el carácter, el aliento o, más externamente, el tema y su desarrollo estén diferenciados en cada uno de ellos. En *Mito del doblaje* predomina la ironía dentro de una situación un tanto absurda, resuelta literariamente con clara conciencia de esa absurdidad; en *Mito del dispensario*—dramático, sobrio—se crea un clima poético, con la mezcla de elementos reales e irreales; en *Mito del cisne y de la viña* persiste la descripción lírica—sobre todo en la primera parte—con alguna reminiscencia de carácter surrealista y cierto fondo irónico que, en parte, contradice la tendencia al lirismo y en todo caso la enriquece. La especial tensión narrativa que a veces sabe crear este autor otorga a sus relatos una indudable calidad que forzosamente hace lamentar el que Sarsanedas no se prodigue con más frecuencia en la publicación de sus libros. Y si esta contención quizá no es del todo mala, sí lo es una de sus posibles consecuencias: que quede libre el palenque para la vana exhibición de otras voces gárrulas y vacuas.

IV

La segunda generación de la posguerra—que representa, en realidad, a varias promociones—, cuarta y última del volumen, se abre con VÍCTOR MORA, narrador adscrito al realismo, que empezó su ejercicio literario en lengua castellana con éxito notorio. Víctor Mora, en este par de narraciones que de él se insertan, extrae su materia narrativa de la vida, de la vida realmente vivida y conocida por él. Le define un invariable objetivismo, el trasfondo social y las preocupaciones de este tipo y una eficacia narrativa indudable, sin alcanzar la brillantez. El primer relato es un intento de aprehensión de la psicología infantil y juvenil a través del ambiente, entre picaresco y tristón, de los apren-

dices y meritorios; el segundo guarda alguna relación—sin duda, casual—con el relato de Espriu, *Tópico*, ya mencionado. Se advierte que todo lo que haga Mora, refiriéndose a ese ambiente de la clase media modesta, que tan bien demuestra conocer, nacerá siempre con indudable acento de verdad.

BALTASAR PORCEL es, sin duda, el más completo y dotado de los narradores que forman este último grupo. Agilidad, gracia, ironía, ingenio distinguen el primer relato, *Las «bubotas»*, en que, a través de los recuerdos de infancia, rememora algunas costumbres mallorquinas; también es Mallorca—de allí es el autor—la tierra que sirve de marco para el segundo relato, en el cual, a través ahora de la pura invención, se ponen igualmente de manifiesto dotes de excelente narrador, con una especial capacidad o fuerza para captar ciertos aspectos de lo humano. A la vista de una y otra narración, parece que es en la literatura en donde Porcel tiene asegurado dilatado porvenir, aunque su nombre se haya hecho relativamente conocido y popular gracias al periodismo de colaboración.

TERENCI MOIX, para algunos el *enfant terrible* catalán de esta generación literaria, es el autor que cierra el volumen. No me parece *Lili Barcelona*, la narración seleccionada, de los mejores relatos suyos, aunque por el ambiente en que ubica la endeble acción—la burguesía media barcelonesa—le representa bien, pues hasta ahora es tal ambiente social el predilecto de la obra literaria de este autor. Ni por los tipos—vagos, impersonales, desdibujados—, ni por la resolución—correcta, sin más—, ni por el escaso interés narrativo—bien que el autor pretende despertarlo en el lector—, alcanza esta narración calidad especial. La endeblez narrativa parece querer compensarse con cierto atrevimiento en el tema, pero ya se comprende que no resulta posible este género de compensaciones.

V

La edición, en general, de *Narrativa catalana* de hoy es excelente, dentro del formato sencillo de la colección en que aparece. Además del prólogo ya citado, en el que Batlló define particular y generacionalmente a todos los autores seleccionados, antepone a cada conjunto de relatos una nota biobibliográfica del autor respectivo, con lo que se acaba de completar el aspecto informativo del volumen. La labor de José Batlló, como introductor de la cultura catalana en el resto de España, es ya importante, y esta antología de narraciones es un hito

destacable dentro de ella. La traducción—sigo hablando en términos generales—es muy meritoria, pues en Batlló, en este caso, se reúne la condición fundamental para que una traducción posea las mayores posibilidades de eficacia: un conocimiento suficiente de los dos idiomas relacionados. Entre los leves y escasos fallos—además de algunas erratas, que, en su misma escasez, denotan la conciencia y escrupulosidad correctoras—señalemos la presencia de algún barbarismo, entre los cuales menciono, porque ambos casos se repiten, los términos *revelar* (por *relevar*, pp. 34 y 37) y *disgresiones* (pp. 47 y 53). Otro detalle que afea el claro estilo de Batlló—quizá influido en este caso por los autores originales—es cierta tendencia al galicismo, con el abuso de la partícula que: «No ignoraban que sería entonces que empezaban las preguntas» (p. 219). Hay también en Batlló alguna tendencia al empleo de catalanismos, que no siempre es censurable, porque en muchos casos esas frases o modismos se emplean con un sentido o intención claramente eficaz. Por otra parte, el trasiego de términos entre ambas lenguas peninsulares es completamente natural, completamente inevitable, dadas las circunstancias sociales e históricas vigentes desde hace muchos años, la principal de las cuales es quizá la corriente migratoria con destino a Cataluña y procedente de los más diversos puntos de España. En Batlló, además, por las circunstancias personales propias—catalán criado en Andalucía—, es muy natural que se manifieste visiblemente esa tendencia general.

El sentido del tiempo que vivimos determina, irá determinando, que aquellas circunstancias sociales e históricas impongan una progresiva liberación, como vehículo de cultura, de la lengua catalana, todavía sometida a fuertes limitaciones que impiden o dificultan su natural desenvolvimiento. En ese sentido, y como una de sus múltiples consecuencias o manifestaciones, hay que situar la encomiable labor traductora y difusora de José Batlló, que denuncia con este esfuerzo la presencia de una lengua hispánica, genialmente remozada y vitalizada, sin perjuicio de una rigurosa fidelidad a sus raíces, por un movimiento literario que ya cuenta con casi un siglo y medio de existencia y que ha producido en tal tiempo obras muy valiosas en todos los géneros y algunas figuras de validez universal. Batlló no es un mero traductor, en el sentido estricto y profesional de la palabra; Batlló, más bien, trata de decir a los demás españoles, y especialmente a aquellos cuyo oficio verdadero es el manejo de la palabra, que la lengua catalana existe; que es tan española o hispánica como cualesquiera de las otras que en la Península se hablan; que tiene tal lengua una literatura de sumo valor, y que es un grave deber de todos los españoles no catala-